

Rey verdadero. Su inmenso abajamiento constituye su exaltación y su absoluto desamparo funda su poder.

En la larga vigilia de la historia que precede la irrupción gloriosa del Reinado de Dios, en medio del mundo en alguna forma llevado por los suyos así reina el Rey. Esto impone a sus súbditos confesos una imponderable tarea en el mundo. Enderezar la historia hacia el reinado divino. Esto les imprime además una indeleble convicción en su sacrificada marcha por la historia: la auténtica realeza, el verdadero poder, se deben manifestar ahora como dolorosa caricatura. El poder es el servicio, la fuerza, la debilidad, la grandeza la pequeñez. Solamente en los rasgos dolientes del rey de burlas resplandece el Rey. Siempre ha habido y habrá seguidores de Jesús que sean capaces de asumir con plena lucidez y total entrega el significado imperecedero de esta tremenda paradoja.

### David Kapkin

Nació en Medellín, Colombia, y en dicha ciudad ha ejercido su labor pastoral como rector del Seminario Mayor, Vicario Episcopal para la Educación, profesor de Sagrada Escritura en la Facultad Teológica de la Universidad Bolivariana y en la Universidad de Antioquía. Asimismo ha sido Director del Departamento Doctrinal de la Conferencia Episcopal de Colombia.

# María “La Primera Redimida” en la Enseñanza de Juan Pablo II

Carlos I. González

“Redimida de modo eminente, en previsión de los méritos de su Hijo, y unida a El con un vínculo estrecho e indisoluble, está enriquecida con la suma prerrogativa y dignidad de ser la Madre de Dios Hijo, y por eso hija predilecta del Padre y sagrario del Espíritu Santo; con el don de una gracia tan extraordinaria ventaja con creces a todas las creaturas, celestiales y terrenas. Pero a la vez está unida, en la estirpe de Adán, con todos los hombres que necesitan salvación”.<sup>1</sup>

## 1. El enfoque postconciliar

**E**s imposible ofrecer en un breve artículo una panorámica completa de una visión mariana que, a través de los 10 primeros años de su pontificado, ha dado color a tantas intervenciones de Juan Pablo II, en el cumplimiento de su doble ministerio de Pastor y Maestro.<sup>2</sup> Me limito a balbucear un punto particular que se encuentra subyacente en casi todas sus enseñanzas al Pueblo

<sup>1</sup> Conc. Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium* (desde este momento citada *LG*), n. 53. Otras citas: Juan Pablo II, Encíclica *Redemptoris Mater* (“*La Madre del Redentor*”), del 25 marzo 1987 (desde este momento citada *RM*). Las frecuentes intervenciones ordinarias del mismo Pontífice (Homilías, Discursos, Alocuciones) se citarán con el lugar y fecha en que fueron pronunciadas; pueden localizarse en el sitio correspondiente, en numerosas ediciones, como en *Acta Apostólica Sedis, Osservatore Romano*, o en las de sus discursos durante los viajes pastorales a los distintos países.

<sup>2</sup> Desde luego su obra más completa en este aspecto, y que nos ofrece una panorámica vastísima, es la encíclica *RM*. Si en cambio alguien quisiese leer algo más breve, que en pocas páginas condensase la orientación principal de la doctrina mariana de Juan Pablo II, podría encontrarlo en la homilía que pronunció durante la celebración mariana en el santuario de Nuestra Señora de la Alborada, Guayaquil, 31 enero 1985.

de Dios en las que de algún modo toca el aspecto mariano de su doctrina. Me refiero a la insistencia con que el Santo Padre repite, de una y otra manera, que María es la "primera redimida".<sup>3</sup> Y se puede afirmar sin vacilación alguna que, de la preocupación de Juan Pablo II por enseñar lo que significa en plenitud la obra redentora de Jesucristo, nace toda su doctrina mariológica. Si pretendiera de algún modo tomar entre las manos la semilla de la que brota toda esta siembra, me atrevería a recoger una cita de San Ambrosio, que el mismo Papa ha dejado caer sobre el surco, en uno de los primeros discursos de su pontificado, casi como señalando el futuro de la cosecha:

"No es de extrañar que el Señor, debiendo redimir el mundo, haya comenzado su obra a partir de María: si por medio de Ella se preparaba la salvación para todos los hombres, Ella debía ser la primera en recoger de su Hijo el fruto de la Salvación".<sup>4</sup>

Desde luego un enfoque teológico semejante no era común antes del Concilio Vaticano II. Se podía encontrar algunas veces, aquí y allá, más en forma de afirmaciones sueltas que como sendero bien marcado para hacer teología. El Concilio ciertamente no pretendió resolver directamente cuál debía ser la nueva ruta que siguiese la reflexión mariológica en la Iglesia, ni optó por una u otra teología (LG 54). Y sin embargo al situar su enseñanza sobre María "en el misterio de Cristo y de la Iglesia", como lo enuncia el título mismo del capítulo VIII de LG, fincó sin ambages el mojón de donde tendría que partir en el futuro toda aventura mariológica. En el Vaticano II tomó parte el entonces Arzobispo Karol Wojtyła; así, cuando fue elegido Papa 14 años después de la clausura del Concilio, tuvo tiempo para haber recorrido ya un largo trecho por la nueva ruta. Por eso desde el principio de su pontificado nos ofrece

<sup>3</sup> He aquí una mínima cosecha de sus múltiples expresiones: "María es la primera entre los redimidos": *Homilía*, Lourdes, 15 ag. 1983; "Primera de los salvados": *Homilía*, Castelgandolfo, 15 ag. 1984; "Madre del Redentor, y el más sublime fruto de la redención": *Discurso*, Curia Romana, 23 dic. 1982; "De Ella, la primera redimida, Dios hizo la puerta de ingreso para el Redentor del mundo": *Homilía*, apertura del Año Santo, 25 mar. 1983; "Primicia de la Redención y de la Encarnación": *Discurso*, audiencia general, 23 mar. 1983; "La Concepción Inmaculada de María significa que Ella es la primera redimida, alborada de la Redención y que para el resto de los hombres redención será tanto como liberación del pecado": *Celebración mariana*, Guayaquil, 31 en. 1985.

<sup>4</sup> San Ambrosio, *Exp. Ev. sc. Lc.*, II, 17: PL 15, 1559. El Papa lo citó en *Discurso* del ángelus, 8 dic. 1979.

una mariología decididamente orientada por las guías conciliares,<sup>5</sup> que nos puede servir de modelo de cómo se reflexiona hoy sobre María en la enseñanza teológica. Otros enfoques del pasado poco a poco han ido retirándose, de hecho, a los archivos de la historia de la teología.

Como la vista se pierde en horizontes tan vastos, habrá que limitar el ángulo de visión: en estas páginas miraremos primeramente lo que significa el llamado de María a participar en la salvación de su Hijo, vocación a la que corresponde la gracia que la transforma interiormente en la más excelsa de las personas redimidas por Cristo, y a la vez la compromete en una misión especial en favor de toda la Iglesia. Pero siendo incluso este nuevo terreno demasiado amplio para tratarlo de una sola vez, fuera de los contextos generales fijaré la atención privilegiadamente en aquellos aspectos que más cerca apuntan a la redención de María: los dones de la Inmaculada Concepción y de su Asunción gloriosa.

## 2. La “llena de gracia”

Cuando se leen los discursos de Juan Pablo II sobre María, salta a los ojos cómo él justamente regresa, una y otra vez, al pasaje fundamental de la Anunciación.

### 2.1. Quién es María, según el anuncio del ángel

En su relato San Lucas nos regala con la más apretada síntesis de teología mariana que testimonia la fe que vive la comunidad cristiana en el primer siglo. El evangelista utiliza para expresar la doctrina, una forma común en el Antiguo Testamento, que suele llamarse “esquema de vocación”. Lo encontramos en diversas partes de la Escritura. Por ejemplo, en el anuncio a Gedeón, en el cual, tras presentar el escritor sagrado a los dos protagonistas, el ángel se dirige a un campesino que ha sido elegido por el Señor como mediador de la salvación de su pueblo, en una época en que éste está amenazado en su misma supervivencia. El mensajero de Yahvé lo saluda con estas palabras: “Yahvé está contigo, *valiente guerrero*” (Jue 6, 12). Ya en esas palabras, que toman el lugar del nombre personal (Gedeón), está como en semilla todo el sentido del llamado: él, aun

<sup>5</sup> Tampoco es posible en el breve espacio de un artículo (ni es éste mi intento) comparar los tipos de mariología que se elaboraban antes del Vat. II con los actuales. Sólo ocasionalmente, por vía de ejemplo, señalaré algún caso (que escribiré en forma de excursus y con letra más pequeña), con la intención de ilustrar el nuevo espíritu con que se reflexiona sobre María en la Iglesia tras el Concilio.

siendo un campesino, ha de guiar el ejército de Israel en la batalla. En forma semejante se dirige Gabriel a María: "Alégrate, *llena de gracia*" (Lc 1, 28).

## 2.2. La "gracia en el amado"

Como se ve, "*llena de gracia*" toma el lugar de su nombre. Está señalando ya cuál es su misión en el plan salvífico del Padre en favor de todos los hombres: "*llena de gracia*"; no de la justicia que proviene de la Ley antigua, la de Moisés, sino de *gracia*; es decir, del fruto redentor de Cristo (LG 55). Con razón el Papa nos ofrece en su encíclica un largo análisis de esa gracia de María, de la que Ella participa con todos los cristianos, a la luz de Ef 1, 4-7 (RM 7-10). Este es el único lugar del Nuevo Testamento en que se use el mismo verbo (en griego *charitōo* = llenar de gracia) que ha elegido San Lucas para expresar quién es María. El autor de la Carta a los Efesios nos habla de ese pasaje de la elección eterna de que somos objeto los cristianos, de parte del Padre, en su Hijo. La *gracia* en el Nuevo Testamento es siempre el fruto de la redención en Cristo. Por la elección del Padre, Ella es la *llena de gracia*: éste es el sentido de su existencia, más significativo aún que su nombre individual, María. Por eso toma su puesto.

## 2.3. La gracia de Cristo es transformadora y dinámica

No se trata nunca de un don que el Señor concediese para "adornar" a una persona en su intimidad, y mucho menos para que se quedase ahí, en su interior, sin llevar fruto. La gracia mesiánica es siempre *en favor de los hombres*, incluso la que se concede en plenitud a María. La gracia que Ella recibe del Padre por el Espíritu Santo no es pues una simple decoración que la engrandece, sino ante todo una transformación interior que la prepara para una misión particular dentro del plan redentor en el Hijo. Y si esa gracia de la que María está llena es especialísima, esto se debe a que también lo es la misión en favor de la humanidad, que ha decidido libremente encomendarle el Padre: ser la Madre mesiánica de su Hijo hecho carne:

"(Estas palabras) en el contexto del ángel se refieren ante todo a la elección de María como Madre del Hijo de Dios. Pero, al mismo tiempo, la plenitud de gracia indica la dádiva sobrenatural, de la que se beneficia María porque ha sido elegida y destinada a ser Madre de Cristo. Si esta elección es fundamental para el cumplimiento de los designios salvíficos

de Dios respecto a la humanidad, si la elección eterna en Cristo y la destinación a la dignidad de hijos adoptivos se refieren a todos los hombres, la elección de María es del todo excepcional y única. De aquí, la singularidad y unicidad de su lugar en el misterio de Cristo" (RM 9).

Es importante advertir que esa *gracia en Cristo* que ha inundado a María no es diversa de la que se concede a cada uno de nosotros por los sacramentos (LG 7, 33): nos incorpora como a Ella en la obra redentora del Padre por su Hijo, y a cada uno se nos otorga en la medida de nuestra misión evangélica y apostólica, a la que todos sin excepción hemos sido llamados.

### 3. María, miembro de la comunidad de los redimidos

Por eso precisamente María es un miembro de la Iglesia. Es Madre, pero es también discípula; está asociada con Cristo en la obra salvadora de los hombres, pero es a su vez salvada; es la Madre del que es la fuente misma de la misericordia del Padre en favor de los hombres, pero también es la liberada de todo pecado por pura misericordia. Es, en otras palabras, un miembro (si bien por su misión materna el más excelente) de la Iglesia de los redimidos por la sangre de su Hijo.

Ya esto mismo nos está insinuando una diferencia básica en el esquema práctico en que solía con frecuencia situarse a María, demasiado en alto y separada (sobre-exaltada) por encima de la Iglesia. Inalcanzable desde el punto de vista de nuestra imitación y seguimiento, apenas podríamos llegar a Ella como una persona a la que se podía orar para que en su bondad intercediese por nosotros. Se le llamaba "Madre", por su misericordia: ¿Pero *realmente* podía serlo, y no sólo nominalmente, una mujer tan elevada y tan separada por un abismo de gracia que la hacía tan diferente de nosotros? ¿Es que una madre puede encontrar su gloria y alabanza en ser tan diversa de sus hijos?

#### 3.1. Como Madre

Cuando el ángel le comunicó la elección por la que el Padre le mostraba su predilección, y con ella la misión que deseaba encomendarle (y que ella aceptó sin matizaciones ni componendas), no se le habló sólo de ser la madre de Jesús en sentido biológico. Juan Pablo II repetidas veces hace girar su mariología en torno a este eje. A veces usa expresiones equivalentes, como ésta: "María ha llegado

a ser no sólo la 'madre nodriza' del Hijo del hombre" (RM 39). En efecto, el mensajero del Padre no la llamó para ser sólo la "Madre del Mesías, en el que Israel tenía puesta toda su esperanza, del que sería llamado "Hijo del Altísimo" (Lc 1, 32.33.35), "al que pondrás por nombre Jesús" (es decir, "Yahvé salva": Lc 1,31). A esta vocación repondió María libremente (RM 15). Se trata pues de un llamado a una maternidad total, que más allá de sólo el aspecto fisiológico incluye todo lo que es su Hijo en su ser de Mesías. Pero precisamente como Hijo de María (es decir como *el Cristo en la carne*) es la Cabeza de su Iglesia. Por eso también en la obra de su hijo, la comunidad eclesial de los redimidos, Ella continúa su misión de madre: ese es su sitio *dentro* de la Iglesia (y no separada ni por exaltación excesiva, extremo al que puede tender una piedad bien intencionada pero poco ilustrada; ni por exclusión, radicalismo que puede encontrar un fértil humus en una teología que excluya toda colaboración humana en la obra de la redención: ambos extremos poco fieles al evangelio): "Su *sí* en la Anunciación significó tanto la aceptación de la maternidad que se le proponía, como el compromiso de María en el misterio de la Redención".<sup>6</sup>

### 3.2. Como discípula

Hemos de advertir desde luego que María se encontraba como "la Madre de Jesús", en medio de los discípulos, de las mujeres creyentes y de los "hermanos de Jesús" (Act 1, 14) para dar inicio a la obra de la Iglesia. Estaba presente como Madre, pero también recibió el Espíritu como discípula (RM 44). No quiere decir que empezase a serlo entonces. Toda su vida, a partir de la anunciación del ángel, fue un discipulado permanente en el que Ella aprendió la Palabra del Padre, creciendo en la fe al lado de Jesús (RM 17):

"La Virgen progresó en el camino de la fe, siempre en comunión con su Hijo. Le siguió paso a paso, asociándose a El, alegrándose y sufriendo con El, amando siempre a quienes él amaba. Y en los días que precedieron a Pentecostés, el grupo de los discípulos, Iglesia naciente, llenos de alegría y de fe por el triunfo de Cristo resucitado y en expectativa ardiente del Espíritu Santo prometido se quisieron sentir muy unidos; les encontramos en oración 'con María la Madre de Jesús' (Act 1, 14). Era la plegaria de una familia: de aquellos a los que el Señor había llamado a la intimidad, con la Madre que 'con su amor, ha cooperado para que na-

<sup>6</sup> Juan Pablo II, *Celebración mariana*, Guayaquil, 31 en. 1985.

ciesen en la Iglesia los fieles, miembros de aquella Cabeza de la que Ella es efectivamente Madre, según el cuerpo', como decía San Agustín".<sup>7</sup>

También durante su existencia al lado de su Hijo fue la primera en escuchar de sus labios la revelación del Padre. Fue así la primicia evangelizada por Cristo: su fe en el Dios que se le reveló primeramente por el ángel en la anunciación, luego por la Palabra de su Hijo, le señaló el camino de la cruz en el seguimiento de Jesús hasta el Calvario (RM 26).

### 3.3. Crecimiento de María en la fe

Ya desde el Vaticano II habíamos escuchado que la Santísima Virgen avanzó también en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo hasta la cruz" (LG 58). El Papa en su encíclica dedica varias páginas (RM 13-20) a explicar ese crecimiento, acompañándolo paso a paso en sus momentos más salientes: cierto que desde la anunciación María se entregó sin reservas en plena obediencia al Dios que se le revelaba y le pedía su consentimiento para participar en el plan salvífico.

Pero indudablemente en María no podemos sospechar siquiera una plenitud divina y por ende infinita. Ella está "llena de gracia" en cuanto es posible a su capacidad humana. Por eso su decisión fue entera, sin condiciones, *pero en la medida en que era capaz de comprender en ese momento*, como una jovencita hebrea piadosa y conocedora de su fe. Eso sí, su respuesta: "Que él actué conforme a tu Palabra" (Lc 1, 38) es una apertura sin límites a la acción divina en ella, que la llenó plenamente, aunque con el tipo de una llenura humana, esto es, en crecimiento (RM 13): como un niño puede llenar el seno de una madre, pero éste se va ampliando con el desarrollo del bebé que la llena siempre.

En efecto, en el momento de escuchar el mensaje del ángel ella lo entendió como el llamado a una maternidad mesiánica (RM 15), según la posibilidad de una fiel israelita. ¿Podía entonces captar, por ejemplo, la divinidad de su Hijo en sentido trinitario, cuando esta plenitud fue revelada apenas tras la resurrección de Cristo? Ella, nos dice el Papa, fue creciendo y profundizando en su fe conforme fue intimando con Jesús y escuchando de sus labios la Palabra del Padre. Y así, tuvo sus momentos en que no comprendió del todo,

<sup>7</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, Belem (Brasil), 8 jul. 1980. La cita interna es de San Agustín, *De virginitate* 6: PL 40, 399.

sino tenía que guardar respetuosa y celosamente esas Palabras en su corazón, para meditarlas más despacio (*Lc 2, 40-50; RM 17*). Y sobre todo al pie de la cruz, María tuvo que pasar por la "noche oscura" de la fe (*RM 18*). Pero precisamente por eso Ella puede ser camino de fe para nosotros, los redimidos, sendero único que puede llevarnos a participar y hacer nuestra la obra de Jesucristo.

He aquí otra novedad en la mariología. En los últimos años antes del Concilio, con frecuencia se manejaron dos elementos que pudieron alejar a María de nosotros: uno de ellos era que de su concepción inmaculada en ocasiones se quiso deducir demasiado: que Ella poseía desde pequeña la ciencia infusa (pues se suponía que por su exención de todo pecado no tenía impedimento alguno para recibir todos los dones del Espíritu Santo, y entre ellos el de ciencia), y así desde el seno de su madre habría tenido el uso de razón y el libre albedrío, con el ejercicio de todas las virtudes. Por desgracia, si María tenía desde pequeña la ciencia infusa del Espíritu Santo y el conocimiento tan desarrollado, la misma anunciación parece que habría sido inútil, y por supuesto muy difícil, si no imposible, el desarrollo de su fe: ¿así, tan distante, cómo podría ser camino para los cristianos?

#### 4. La gracia de María es eclesial

Y es que sólo en fantasía se podría hablar de una gracia cristiana que fuese sólo individual. Toda gracia (porque es autocomunicación de Dios, que es amor) puede entenderse únicamente a la luz del amor, que siempre supone al otro, y es comunicativo de sus bienes. No puede imaginarse otro modo de entender nuestra confesión de fe en la "comunidad de los santos", porque ni siquiera existe una gracia cristológica que no sea para la comunidad humana. La gracia de María es, pues, eclesial en un doble sentido: en cuanto la ha situado *dentro* de la Iglesia, y la ha santificado *en favor de* la Iglesia.

A esta luz el Papa contempla todos los aspectos del dogma comúnmente llamado "mariano", que a decir verdad no es sino la efloración en María, como receptora y como colaboradora, de la gracia redentora de su Hijo. El centro del dogma que la Iglesia enseña como revelado, es Jesús y no María. Así, por ejemplo, en la anunciación, el corazón del misterio no es la madre, sino la encarnación del Verbo que en el seno de María se hizo hombre por nosotros (y primero por ella; aunque la encarnación fue posible porque Ella puso su fe y su persona entera al servicio de esa acción salvadora del Padre).<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Esto explicaría por qué, por ejemplo, en la reforma del calendario litúrgico según las normas conciliares de la Constitución *Sacrosanctum Concilium*, la fiesta del 25 de marzo no es más de "la anunciación a María", sino de "la anunciación de Cristo".

“Jesucristo es el protagonista, es *siempre* el único y verdadero protagonista en toda la Redención humana. Y lo es desde el primer momento de la Encarnación, ya que, *inmediatamente después* del anuncio del ángel a María Santísima, y *consecuentemente* a la adhesión de Ella a este anuncio, ‘el Verbo se hizo carne y vino a habitar en medio de nosotros’ (Jn 1, 14)”.<sup>9</sup>

#### 4.1. La maternidad divina de María.

Si bien el Papa con frecuencia se refiere a Ella como la “Madre de Dios” (y ocasionalmente como la “*Theotókos*”, con la expresión que usó al definir este dogma el Concilio de Efeso), por una parte distingue claramente que con este título la Iglesia intenta expresar *la Madre del Hijo de Dios hecho carne* (y no “Madre de la divinidad”, como falsamente entienden tantas sectas);<sup>10</sup> pero por otra vuelve siempre la mirada hacia esa maternidad más completa que no se detiene en ser una especie de “nodriza” (LG 39); sino es madre (porque para eso la llamó el Padre, y lo aceptó Ella) de *todo cuanto significa su Hijo*: el jugo de la doctrina podría expresarse: María es *la madre mesiánica de Jesucristo, Hijo de Dios* (RM 20). Pero por ello mismo espiritualmente es madre también nuestra en cuanto dio a luz a nuestro salvador: es madre de la Iglesia en orden a la gracia (RM 39).

Además de que Ella aceptó la misión que el Padre le encargaba por el ángel, de ser la Madre de su hijo, el Mesías y Redentor

<sup>9</sup> Juan Pablo II, *Discurso*, audiencia general del 23 de mar. 1983.

<sup>10</sup> He aquí, entre una nube de citas posibles, un texto de especial importancia, porque está tomado de la *homilía* que Juan Pablo II pronunció el 30 nov. 1979 en Efeso, precisamente en la Iglesia donde fue proclamado el dogma de la maternidad divina de María: “El espíritu se siente dominado por el pensamiento de que, precisamente en esta Ciudad, la Iglesia recogida en Concilio —el tercero Ecuménico— reconoció oficialmente a María el título de “*Theotókos*”, que ya le tributaba el pueblo cristiano, pero desde hacía algún tiempo era contestado en algunos ambientes, sobre todo capitaneados por Nestorio. La alegría con que la población de Efeso acogió en aquel lejano 431 a los Padres que salían de la Iglesia, se propagó rápidamente en todas partes del mundo cristiano, y no ha dejado de resonar en todas las generaciones sucesivas, que en el curso de los siglos han seguido dirigiéndose a María con un impulso lleno de confianza, como a Aquella que ha dado la vida al Hijo de Dios. (...) ¡Madre de Dios! Al repetir este título cargado de misterio, regresamos con la mente al momento inefable de la Encarnación, y afirmamos con toda la Iglesia que la Virgen se hizo Madre de Dios en cuanto engendró según la humanidad a un Hijo, que era personalmente el Verbo de Dios”. O más en forma condensada: “María de Nazaret (...) acoge en su seno y en su corazón al Hijo de Dios, como Hijo del hombre”: *Homilía*, apertura del Año Santo, 25 mar. 1983.

del mundo, también acogió sin reservas otra misión que el Señor le confiaba, esta vez por medio de su Hijo desde la cruz: el ser Madre de los creyentes representados en el "discípulo a quien Jesús amaba" (Jn 19, 25-27; LG 58; RM 23, 39, 44, 45). Es un tema muy caro al Santo Padre. Repetidas veces lo he leído en sus discursos.

En la hora de Jesús, de la Madre y de Iglesia, las palabras del Redentor son solemnes y realizan lo que proclaman: María es constituida Madre de los discípulos de Cristo, de todos los hombres. Y el que acoge en la fe la doctrina del Maestro, tiene el privilegio, la dicha, de acoger a la Virgen como Madre".<sup>11</sup>

Ella cumplió su encargo con prontitud, como lo había hecho tras escuchar el mensaje del ángel. Muerto Jesús, María se integró como Madre en el grupo de los discípulos, y con la primera comunidad eclesial recibió al Espíritu Santo (LG 59). Desde entonces "No se puede hablar de la Iglesia si no está presente María, la Madre del Señor, con los hermanos de éste";<sup>12</sup> porque "María pertenece indisolublemente al misterio de Cristo y pertenece además al misterio de la Iglesia desde el comienzo, desde el día de su nacimiento" (RM 27). Así la fe de María está íntimamente asociada al nacimiento del Cristo total (del "Totus Christus", como gustaba llamarlo San Agustín): en la anunciación, al de Jesús, Cabeza de su Iglesia; en Pentecostés, al de su Cuerpo, que es la Iglesia.

## 4.2. La maternidad virginal de María.

Supuesta la base doctrinal de la confesión de fe en la virginidad perpetua de María, el Papa se detiene sobre todo a contemplarla desde un ángulo eclesial, muy propio de los Santos Padres: María es prototipo de la Iglesia, como Madre y como Virgen (LG 63-64; RM 39, 42, 43). En esta visión de tipología teológica, Juan Pablo II vuelve los ojos ora a uno, ora a otro de los dos aspectos de la figura de la Madre Virgen, ambos provenientes de la misma reflexión mariológica de los primeros siglos de la Iglesia:

a) En primer lugar, los Santos Padres ven como a contraluz, en esa función materno-virginal de María respecto a Jesús, el modo

<sup>11</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, Suyapa (Honduras), 8 mar. 1983.

<sup>12</sup> Cromacio de Aquileya, *Sermo* 30,7: S. Ch. 164, p. 134; Pablo VI, Exhortación Apostólica *Marialis Cultus*, 28. Cita de Juan Pablo II en *Homilía*, Suyapa (Honduras), 8 mar. 1983.

como la Iglesia realiza su propia misión al engendrar en la fe, por el bautismo, a los cristianos:

María es el prototipo de la Iglesia en la Maternidad Virginal, misterio esencial que la une a la Iglesia en una común vocación y misión. Cristo, como dice el Concilio Vaticano II, ha nacido de la Virgen María por obra del Espíritu Santo, para poder en cierto modo seguir naciendo y creciendo en la Iglesia, también por obra del Espíritu Santo. Ambas, María y la Iglesia, son templos vivientes, santuarios e instrumentos por medio de los cuales y en los cuales se manifiesta el Espíritu Santo. Ellas engendran de manera virginal al mismo Salvador: María lleva la vida en su seno y la engendra virginalmente; la Iglesia la da en el agua bautismal y en el anuncio de la fe, engendrándola en el corazón de los fieles".<sup>13</sup>

b) Pero además el Papa supone con los Santos Padres que el valor de la virginidad perpetua de María es la consagración total a la obra salvífica de su Hijo; finalidad tan inmensa de su vida, que es capaz de llenarla por completo.<sup>14</sup> De una virginidad así orientada en plena fidelidad, la Iglesia también aprende a ser fiel esposa de Cristo, al mantener la integridad de la fe (LG 65; RM 5, 43),<sup>15</sup> continúa diciéndonos en el mismo discurso apenas citado:

"En el misterio de la Iglesia, a la que a su vez se le llama justamente Madre Virgen, la Bienaventurada Virgen María da, como la primera y de modo eminente, el ejemplo de la virgen y de la madre. En esta estrecha relación tipológica, la maternidad de María recibe luz y significado de la maternidad de la Iglesia, de la que es miembro y figura, y la mater-

<sup>13</sup> Juan Pablo II, *Discurso* del ángelus, 8 en. 1984.

<sup>14</sup> Por eso, a mi parecer, aquellos teólogos que quisieran hacer al menor pretendidamente más "humana" a María interpretando como sólo simbólica (o "mítica") su virginidad, probablemente no hacen injuria a María, sino a la obra mesiánica de Jesucristo: quien no captase que esta obra es tan *inmensa* que desborda todas las capacidades y el sentido mismo de la vida de una mujer, y capaz de darle un *significado total* a la existencia de una cristiana, no estaría elevando (o haciendo "más humana") a esa primera redimida; sino subestimando la grandeza humanamente desmesurada de la obra redentora del Hijo.

<sup>15</sup> "La Iglesia contempla a 'la mujer', María. En ella ve a su primer modelo. Ella misma desea ser *virgen*, enteramente entregada a su Redentor. Desea ser también *madre* que engendra hijos en el Hijo unigénito: en aquél que María ha hecho nacer en cuanto 'Hijo del hombre'": Juan Pablo II, *Celebración mariana*, Guayaquil, 31 en. 1985.

nidad de la Iglesia recibe luz y toma inicio de la maternidad de María, en la cual se siente ya enteramente realizada. La maternidad virginal, que María y la Iglesia tienen en común, forma en ellas una unidad indivisible e indisoluble, como en un único sacramento de salvación para todos los hombres".

## 5. La gracia de la redención santificadora de María

No hay dos "gracias de Cristo" en la persona redimida. Por desgracia nuestro lenguaje no sabe hablar de manera unificada ahí donde todo es uno, y así nos presiona a contemplar la gracia ora *desde el punto de vista* eclesial, ora desde el individual. Es pues responsabilidad nuestra mantener la conciencia de que se trata de dos ángulos de nuestra visión, y no de la gracia misma. Si en el huerto de la maternidad virginal de María primero cosechábamos sus frutos eclesiales (con la conciencia de que Ella misma ha sido transformada por esa misión del Padre), al adentrarnos en los otros dos privilegios que forman parte de nuestra completa integridad de la fe cristológica (la Inmaculada Concepción y la Asunción gloriosa de María), partimos de lo que la gracia redentora ha realizado en Ella, para proyectarlo inmediatamente después sobre la Iglesia. También en este caso he hablado de "fe cristológica" y no "mariológica", porque en estas dos expresiones dogmáticas en realidad desciframos lo que la gracia de Cristo realiza en el hombre enteramente liberado, al puntualizar cuál ha sido el principio y el término del fruto madurado en su Madre, como en la primera cristiana redimida.

### 5.1. La Inmaculada Concepción.

Hay dos aspectos negativos en la manera como popularmente pensamos y hablamos de este privilegio de María, que en vano buscaremos en la enseñanza del Papa: el primero es la *reducción* de este dogma a la afirmación de la exclusión del pecado original en Ella. Indudablemente Juan Pablo II afirma, con la fe eclesial, que María fue concebida sin pecado. Pero no se detiene en esta barrera como si fuese una meta. Ese es sólo, por el contrario, el punto de arranque. Sería enjaular la gracia, encerrarla en las estrechas rejas de la ausencia de pecado; ella es, en cambio, libertad, plenitud del amor que nos abre sin medida a la obra redentora de Jesucristo en favor de la humanidad entera. Ya el Vaticano II había abierto el balcón hacia esta panorámica inmensa que se abre ante la vista del teólogo, desde la altura de esta gracia de María. Por desgracia, algunos teó-

logos y predicadores habían interpretado, de manera demasiado estrecha como sólo “ausencia de pecado”, el pensamiento mucho más rico de los Santos Padres: para éstos, en la lectura del Vaticano II, el que María fuese “totalmente santa e inmune de toda mancha de pecado” significaba “plasmada y hecha una nueva criatura por el Espíritu Santo”, y luego el Concilio exprimía el fruto de este privilegio, para sacarle como su jugo más exquisito la orientación salvífica, para la cual María había sido “enriquecida desde el primer instante de su concepción con el resplandor de una santidad enteramente singular” (LG 56): era la preparación de su espíritu humano, por el Espíritu Santo, para que respondiese generosamente a la vocación a la que el Padre la había destinado, en el momento en que le fuese comunicada por el mensajero.

Esta semilla sembrada por el Concilio se encuentra madurada al ciento por uno en casi todos los discursos del actual Pontífice. Así, por ejemplo, éste nos dice que la gracia de la Concepción Inmaculada no es sino el preludio de la gracia salvadora de la Pascua, y del “*fiat*” que da origen a la Nueva Alianza (RM 1);<sup>16</sup>

Además de ser un privilegio sublime que exalta a María entre todas las criaturas humanas y los mismos coros angélicos, su concepción sin pecado ha sido la condición eminente de gracia para que toda su persona, desde el primer instante, estuviese dispuesta en la más completa libertad, la del pecado original, al servicio de Cristo y de su obra redentora en favor de la humanidad entera”.<sup>17</sup>

Así recoge de Pío IX un aspecto que este Papa apenas ha insinuado en la definición dogmática de la Inmaculada Concepción: ésta es una gracia que la prepara digne para su oficio mesiánico de Madre del Redentor (RM 10). Pero volviendo luego los ojos hacia nosotros, pecadores, Juan Pablo II también nos invita a levantar la mirada en esperanza, para contemplar en María Inmaculada la misma gracia que nos perdona y purifica, y el signo de que la gracia redentora de Cristo es (y no la fuerza del pecado y el mal) quien tiene el señorío sobre el mundo (RM 11). La Virgen Inmaculada es el signo viviente de aquella verdad que nos revelaba el Espíritu San-

<sup>16</sup> “Sobre todo es preciso observar que María ha sido creada inmaculada para que pudiese actuar mejor en favor nuestro. La plenitud de gracia le ha permitido llenar perfectamente su misión de colaboradora en la obra de la salvación”. Juan Pablo II, *Discurso*, audiencia general, 7 dic. 1983.

<sup>17</sup> Juan Pablo II, *Discurso* del angelus, 8 dic. 1983.

to por San Pablo, cuando nos decía que "donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia" (*Rom 5, 20*).

La segunda reductividad, que no aparece en la mariología de Juan Pablo II es, otra de las diferencias de enfoque en la teología postconciliar: si se consideraba anteriormente la Inmaculada Concepción como un privilegio tan eminente de María, que en la práctica la hacía muy diferente de nosotros, quienes habíamos nacido con el estigma del pecado, entonces tal gracia la ponía tan por encima de la Iglesia (de pecadores), que en Ella no podíamos tan fácilmente contemplar nuestra propia imagen de cristianos. A lo más podíamos pedir a tan excelsa Señora, por bondad de madre y su cercanía a Dios, que intercediese por nosotros. Juan Pablo II, por el contrario, mira en la Inmaculada Concepción un privilegio de María, que el Señor ha concedido en Ella a la humanidad, de modo semejante a como el padre de familia regala todo el salario a su esposa, pero para que de él disfruten ella como madre y sus hijos. De manera que entonces María está del todo cercana a quienes hemos nacido bajo el signo del pecado:

"La perfección concedida a María no debe producir en nosotros la impresión de que su vida sobre la tierra haya sido una especie de vida celestial, muy distinta a la nuestra. En realidad María ha tenido una existencia semejante a la nuestra. Ha conocido las dificultades cotidianas y las pruebas de la vida humana; ha vivido en la oscuridad que lleva consigo la fe. No menos que Jesús experimentó la tentación y el sufrimiento de las luchas interiores (...) María ha condividido con nosotros todo cuanto pertenece a nuestra condición terrena, con todo cuanto ésta tiene de exigente y penoso".<sup>18</sup>

## 5.2. Asunción al cielo.

En 1950 Pio XII había definido este privilegio de María. No es que como Sumo Pontífice hubiese "hecho" un nuevo dogma. Si no, como cabeza de la Iglesia visible, y cumpliendo con su deber de Maestro que por encargo del Señor debía confirmar en la fe a sus hermanos (*Lc 22, 31-32*) había enseñado que la Iglesia universal creía en la Asunción gloriosa de María a los cielos, era una doctrina incluida (implícitamente) entre las verdades que el Señor se había dignado revelarnos para el servicio de nuestra salvación.

Sin embargo no siempre fue claro, en la manera común de exponer esta doctrina, tanto en la predicación como en la enseñanza de la teología, en qué sentido este dogma era "para nosotros los hombres y para nuestra salvación". Con frecuencia se reflexionó en

<sup>18</sup> Juan Pablo II, *Ibid.*

él como en un privilegio cuyo fin se terminase en la glorificación de María, como si toda la gracia que Ella había recibido cumplierse su cometido al elevarla sobre todas las criaturas. Me parece que en gran parte a este enfoque tan limitado se debió no sólo que poco se viese la conexión entre la Asunción de María y la vida del cristiano; sino también el modo de explicarla como el hecho de que María, por haber sido concebida sin mancha (y ya que se consideraba la muerte física una consecuencia del pecado), hubiese sido transportada por los ángeles al reino celestial, sin pasar por la muerte. Pero entonces ¿cómo podía tocarnos en herencia a nosotros, los cristianos mortales, una semejante excepción que la hacía tan diferente?

Cierto que, al definir el dogma, S.S. Pío XII no incluyó una u otra explicación teológica como obligatoria en la Iglesia.<sup>19</sup> Tampoco pretendió el Vaticano II “resolver las cuestiones que aún no ha dilucidado plenamente la investigación de los teólogos” (LG 54). Sin embargo, aún no decidiendo por una posición con rechazo de la otra, con un tacto muy delicado indicó la dirección en que debía hacerse la mariología en el futuro: no tratando a María como a una mujer sublime, exaltada *sobre y fuera de* la Iglesia; sino como a la primera cristiana redimida, *dentro* de la comunidad de salvación. Así, ya Pablo VI podía contemplar la Asunción de María como el fin escatológico al que tendemos todos los cristianos:

“Ligada por un vínculo estrecho e indisoluble al misterio de la Encarnación y de la Redención, la Beatísima Virgen María, Inmaculada, terminado el curso de la vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celeste, y hecha semejante a su Hijo, que resucitó de los muertos, *recibió anticipadamente la suerte de todos los justos*; creemos que la Santísima Madre de Dios, nueva Eva, Madre de la Iglesia, continúa en el cielo ejercitando su oficio materno con respecto a los miembros de Cristo, por el que contribuye para engendrar y aumentar la vida en cada una de las almas de los hombres redimidos”.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> O sea que la Asunción debería entenderse como traslado de María, sin morir, a la gloria celestial; o bien como resurrección y por consiguiente como muerte y victoria sobre la muerte, a semejanza de su Hijo: queda abierta la posibilidad a ambas explicaciones teológicas en la fórmula misma de la definición dogmática, la cual se limita a expresar que “la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, completado el curso de su vida terrena, fue asumida en cuerpo y alma a la gloria celeste” (DS 3902).

<sup>20</sup> Pablo VI, *Credo del Pueblo de Dios* 15, Madrid, BAC, 1968, p. 118.

Con esta proyección de María hacia el fin escatológico de *toda la Iglesia*, contemplándola dentro de la comunidad de los redimidos por su Hijo, prácticamente desaparecía un modo de hacer mariología considerando los privilegios de Nuestra Señora como "al interno" de Ella misma: es decir, mirándola en su Inmaculada Concepción como si significase que por excepción Ella hubiese sido concebida en el orden original propio de Adán antes del pecado, y por consiguiente con todos los dones preternaturales que se suponían derivados de tal estado (como la exención de dolor, de fatiga en el trabajo, de sufrimiento en el parto, de muerte). A decir verdad, cuando Pío IX definió el dogma de la Inmaculada Concepción, *solamente* se refirió al privilegio de que María había sido concebida sin pecado original en virtud de los méritos de su Hijo, el Salvador del género humano (DS 2803). Así pues, no la hacía "regresar" a un hipotético "estado original" propio de Adán, ni afirmaba que estuviese llena de privilegios preternaturales; sino la definía como llena de la gracia redentora de su Hijo, la colocaba en la comunidad de los redimidos por Cristo, aunque de manera muy especial, debido a la misión que el Señor había de encomendarle. Heredero de esa doctrina, ya Pío XI había afirmado la muerte y resurrección de María, "pues Ella también tuvo que dar este paso, ya que tenía la gracia no de la creación, sino la gracia de la redención, la cual no nos gana la inmortalidad real y propiamente dicha".<sup>21</sup> De manera semejante afirma Juan Pablo II con claridad meridiana: "María no es simplemente como Eva antes del pecado";<sup>22</sup> no tiene la "gracia de la creación", sino la "gracia de la redención", cuyo término, en Ella como en nosotros, es la muerte y resurrección en Cristo. Por eso tampoco tiene dificultad alguna en hablar con toda naturalidad de la muerte de María: "He aquí que en el momento en que se cumple en Ella la ley de la muerte, vencida por la resurrección de su Hijo, brota de nuevo del corazón de María, que es cántico de salvación y de gracia, el cántico de la Asunción al cielo".<sup>23</sup>

"María nos precede a todos en la resurrección. Ella es el prototipo de la Iglesia", afirmó el Santo Padre en Lourdes.<sup>24</sup> Precisamente por eso Ella puede ser el signo de nuestra esperanza, y señálanos el sendero de nuestra redención definitiva. Vivir como ella vivió es caminar hacia donde Ella ha llegado: es garantía de nuestra liberación plena. Así pues, son dos las direcciones del dogma que, desde este mirador, integran el paisaje completo: por un lado la relación de María con Cristo, por la gracia; por el otro lado, su cercanía a nosotros:

"La solemnidad de hoy tiene un doble carácter: En primer lugar contiene el testimonio de la victoria del Hijo de la Mujer: 'Te aplastará la cabeza'. En efecto, 'Cristo ha resucitado

<sup>21</sup> Pío XI, Alocución en la beatificación de la B. Thouret, *Osservatore Romano*, 16-17 ag. 1933.

<sup>22</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, 8 dic. 1982.

<sup>23</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, 14 ag. 1979.

<sup>24</sup> Juan Pablo II, *Discurso* del angelus, Lourdes, 15 ag. 1983. La víspera, en una *homilía* pronunciada en la Gruta de Lourdes, había dicho: "Mañana la celebraremos en su gloria de única resucitada en cuerpo y alma, en la gloria celeste de su Hijo".

de entre los muertos, como primicia de los que mueren (...) y como todos han muerto en Adán, así todos recibirán la vida en Cristo' (1 Cor 15, 20.22) y la resurrección: entre éstos María es la primera, porque Ella pertenece más a Cristo. (...) En segundo lugar, la festividad de la Asunción está destinada a nosotros, a quienes somos aún peregrinos en este mundo".<sup>25</sup>

Es el enfoque básico de este dogma, en la enseñanza de nuestro actual Pontífice (RM 41). He aquí, desmenuzados, esos dos elementos básicos:

En repetidas ocasiones el Papa ha explicado la glorificación definitiva de María como el término, en Ella, de lo que significa en una persona humana la total transformación por la gracia. No se trata solamente de la "salvación del alma", porque la redención de Cristo es *enteramente* liberadora: no se limita al espíritu humano, sino cambia todo cuanto es el hombre mismo: cuerpo y espíritu, y todas su relaciones comunitarias y sociales. Por lo que toca a la intimidad del individuo, éste se transforma en una nueva creatura. Pero por lo mismo todas sus relaciones hacia el mundo y sus hermanos han de ser distintas. Por eso la Asunción de María no sólo la ha transfigurado enteramente, en su persona, sino la ha situado en una nueva posición en la Iglesia y en el mundo.

"El misterio escatológico con el que se ha concluido el camino histórico de María, presenta dos aspectos fundamentales. (...) Bajo el aspecto personal, la Asunción significa para María el punto de llegada de la misión que Ella desarrolló en el plan salvífico de Dios y el coronamiento de todos sus privilegios. Bajo el aspecto cristológico, la gloria de la Asunción y de la Realeza de María representa la plena actuación de aquel único decreto de predestinación que asocia la vida, los privilegios, la cooperación, no solamente a la vida y a la obra histórica de Cristo, sino también a su realeza y gloria de Señor. (...) La Asunción es la conclusión escatológica de aquella progresiva conformación a Cristo que, en las etapas del camino histórico de María, se ha expresado a través de los sufrimientos de su fe, esperanza y amor, de su plena dis-

<sup>25</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, 15 ag. 1986.

ponibilidad a la voluntad salvífica de Dios, de su servicio generoso y responsable a la obra redentora de su Hijo".<sup>26</sup>

Pero precisamente esa posición nueva de María resucitada junto a su Hijo, la coloca en una situación de continuidad (como la de El) en su misión en favor de la Iglesia. Aunque la nueva realidad de su estado en la gloria hace que Ella ejercite su vocación de manera diversa (como Cristo resucitado, Cabeza de su Iglesia, es igualmente su Salvador; si bien hoy ejercita su función en otra forma distinta de como lo hacía durante su vida histórica). María Asunta es por una parte el "signo escatológico", la imagen de lo que todos seremos: por eso su imagen que preside la comunidad cristiana desde el ábside de tantas catedrales, es una constante memoria para nuestra esperanza. Nos dice que ése es precisamente nuestro futuro.<sup>27</sup> Desde este punto de vista María ejercita en nuestro favor su misión de "tipo" o "figura". Pero precisamente por ello, como veremos en seguida, nos ofrece también el servicio de indicarnos el camino del seguimiento de su Hijo hasta la cruz, para poder llegar también con El, y como Ella, a su resurrección:

"La Asunción es la conclusión escatológica de aquella progresiva conformación a Cristo que, en las etapas del camino histórico de María, se ha expresado a través de los sufrimientos de su fe, esperanza y amor, de su plena disponibilidad a la voluntad salvífica de Dios, de su servicio generoso y responsable a la obra redentora de su Hijo".<sup>28</sup>

Pero además la Virgen Madre continúa intercediendo ante la Trinidad Santísima por la Iglesia. La mediación intercesora, que

<sup>26</sup> Juan Pablo II, *Discurso del angelus*, 14 ag. 1983. Y completa: "La Asunción de la Madre de Cristo al cielo forma parte de la victoria sobre la muerte, de aquella victoria cuyo inicio se encuentra en la resurrección de Cristo. (...) En el corazón mismo de la Redención llevada a término en la cruz sobre el Calvario, y en el poder de la Redención que la Resurrección nos ha revelado, encuentra su fuente aquella victoria sobre la muerte que experimentó la Madre del Redentor, o sea su Asunción al cielo".

<sup>27</sup> "La Asunción de María a los cielos manifiesta el futuro definitivo que Cristo ha preparado para todos los redimidos": Juan Pablo II, *Celebración mariana*, Guayaquil, 31 en. 1985.

<sup>28</sup> Juan Pablo II, *Discurso del angelus*, 14 ag. 1983. "La Inmaculada Virgen de Nazaret no sólo constituye el miembro inicial y perfecto de la Iglesia histórica, sino con su inmediata glorificación también representa el inicio y la imagen perfecta de la Iglesia de la edad futura. La Asunta tiene, en el tiempo y en la historia, el valor de un signo escatológico para la esperanza de la Iglesia de Dios en camino": *Discurso del angelus*, 21 ag. 1983.

“es buena y agradable a Dios nuestro Salvador, que quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad” (*Tím* 2, 1-3), es una responsabilidad de todos los redimidos por Cristo, que no tiene por qué cesar en la gloria, pues en ella los cristianos continúan siendo miembros, ya salvados para siempre, de la misma Iglesia: el proyecto salvífico del Padre en Cristo es definitivo. Si María sigue siendo la primera cristiana, también lo es en esta misión intercesora, que Ella cumple en su función de madre. Así la contempla Juan Pablo II en su calidad de *Reina*: no ilumina esta verdad con la luz de lo que significaría un reinado político; sino con el fulgor del evangelio, para el cual “*servir es reinar*” (*RM* 41): María reina por su intercesión materna, es decir, continúa sirviendo a la Iglesia; si bien esa mediación intercesora está subordinada a la única mediación redentora de su Hijo (*Ibid* y *LG* 60-62):

“La Iglesia cree que la Santísima Virgen, Asunta al cielo, está junto a Cristo, vivo siempre para interceder por nosotros (cf. *Heb* 7, 25), y que a la mediación divina del Hijo se une la incansante súplica de la Madre en favor de los hombres, sus hijos”.<sup>29</sup>

Finalmente, poner frente a frente ambos dogmas, la Inmaculada Concepción y la Asunción de María, en la enseñanza del actual Pontífice, nos ayudará a captar mejor el nuevo espíritu de la teología mariana, desde el Vaticano II.

Antes del Concilio con frecuencia se tendía a buscar un principio fundamental teológico, del que pudiesen deducirse todos los privilegios de María. Era muy común partir de su maternidad divina, que en muchos casos se contemplaba como “participación de María en el orden hipostático”. Partiendo de ahí se intentaba concluir, por ejemplo, la Inmaculada Concepción, y de ésta (puesto que María había sido concebida sin la mancha original, y la muerte es consecuencia del pecado) se deducía fácilmente que por consiguiente María “tenía derecho” a la inmortalidad, por tanto no habría muerto, sino había pasado del estado terreno a la vida eterna, sin el tránsito a través de la muerte.

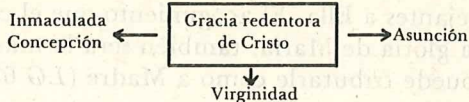
Juan Pablo II encuentra la relación de todos los privilegios de María no en una relación directa (mucho menos en una deducción) entre ellos mismo, sino en su común participación en la gracia redentora de Cristo, a la que Ella ha sido libremente llamada por el Padre. De manera tal vez demasiado simplificada podríamos ilustrarlo con este esquema, u otro semejante:

Teología preconiliar: Maternidad divina → Virginitad  
 Inmaculada Concepción → Asunción  
 (a veces afirmada como inmortalidad)

<sup>29</sup> Juan Pablo II, *Celebración mariana*, Guayaquil, 31 en. 1985.

Teología de Juan Pablo II: Maternidad mesiánica

(Cristo-Iglesia)



Creo que esta interrelación de los privilegios de María, a partir de un eje común que es su integración en la gracia redentora de su Hijo, queda en parte esclarecida por la cita siguiente, con la que concluimos este apartado:

“Libre, por obra de Cristo, del pecado original, redimida de un modo particular excepcional, María también de un modo particular y excepcional está comprendida en su Resurrección. La resurrección de Cristo ha vencido en ella la ley del pecado y de la muerte mediante la Inmaculada Concepción. Ya desde ese momento se había cumplido en Ella la victoria sobre el pecado y sobre la ley de la muerte, castigo del pecado; y hoy esta victoria se revela en toda su plenitud. (...)

Era necesario que Aquélla en la que habitó el Hijo de Dios como autor de la victoria sobre el pecado y sobre la muerte, fuese también la primera que habitase en Dios, liberada del pecado y de la corrupción del sepulcro:

- del pecado, mediante la Inmaculada Concepción
- de la corrupción del sepulcro, mediante la Asunción”.<sup>30</sup>

## 6. María, tipo y figura del cristiano redimido

El Vaticano II abrió la brecha en el terreno en que el actual Pontífice pudo ya construir un camino, al decirnos que María “es proclamada como miembro excelentísimo y enteramente singular de la Iglesia y como tipo y ejemplar acabadísimo de la misma, en la fe y en la caridad” (LG 53). Esto la coloca no *sobre* la comunidad eclesial en el sentido de una excelencia tan superior a nosotros que nos la presentase quizás como digna de honor, al mismo tiempo que imposibilitase su seguimiento; sino *dentro* de la Iglesia, como una madre, cuya superioridad consiste (como el de toda madre en una familia) en su servicio materno. María pues, nos “precede”, en cuanto, como primera cristiana y la más acabada, va adelante indicándonos el camino hasta la plena liberación en su Hijo (RM 26).

<sup>30</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, 15 ag. 1982.

Su honor más grande es también el de una madre: que sus hijos sean, cada uno en su propia personalidad y con su vocación propia, semejantes a Ella. El acogimiento que el cristiano ofrezca a esta máxima gloria de María, también será la más pura devoción y honor que puede tributarle como a Madre (LG 67).

En primer lugar, Ella nos explica, como resucitada, cuál es el término final de la gracia de Cristo con la que el Padre se ha dignado agraciarnos (*Ef* 1, 3-7). Esto no significa en manera alguna que nuestra vida cristiana se encamine hacia María: su Hijo, y no Ella, es el final de nuestro caminar peregrino. Así pues el Concilio no llama a la Asunta "meta", sino más bien "tipo" y "figura" de nuestro destino. Por eso, el que Ella, nuestra Madre, lo haya alcanzado, es para nosotros motivo de esperanza (LG 65; RM 47, 68).

Pero al mismo tiempo nos indica el camino por el que se llega a esa cumbre: es su fe, la aceptación sin condiciones de la misión que el Padre nos encomienda para situarnos en la obra redentora de su Hijo, el seguimiento de Cristo hasta la cruz como Ella (RM 39), nuestra presencia orante en la Iglesia, como Ella en la cuna de la evangelización primitiva. Es su camino histórico vivido en la humildad de la "pobre de Yahvé", pobre entre los pobres; con una pobreza, sin embargo, no resignada, sino dinámica:

"La pobreza de María es la sublimación de la que vivieron tantos justos del Antiguo Testamento. La Anunciación es el documento emblemático de la Virgen como criatura 'pobre de espíritu' que con su *fiat* se abre en docilidad perfecta a la voluntad de Dios (cf. *Lc* 1, 49.52.54). Hasta el día de su tránsito a la gloria celeste, la pobreza de María consistió en la dedicación generosa a la persona y a la obra del Hijo. (...) También para nosotros, discípulos del Señor, la pobreza de espíritu equivale a obediencia sin condiciones a su evangelio. (...) La misma cuestión social, entendida como justa distribución de los bienes tanto económicos como morales, depende en gran parte de un tal estilo de pobreza. La adhesión sincera a la Palabra de Cristo no soporta la vergüenza de la injusticia, de la opresión. La primitiva comunidad de Jerusalén, de la que María formaba parte (*Act* 1, 14), era asidua en 'escuchar la enseñanza de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración' (cf. *Act* 2, 42), y como consecuencia de este fervor evangélico, no había ninguno entre ellos que pasase necesidad".<sup>31</sup>

<sup>31</sup> Juan Pablo II, *Discurso del angelus*, 25 sept. 1983.

En este contexto el Papa tiene una especial predilección por contemplar a María proyectada en el *Magnificat*. En este himno mariológico conocido ya por la primera comunidad cristiana se refleja la más pura imagen de la Madre de Dios, como en el más perfecto espejo. Y no nos tolera reducir la pobreza liberadora en Cristo ni a sólo sus elementos socio-económicos, ni tampoco a una ilusoria virtud que tocara únicamente el "alma", sin transformar la realidad del mundo. Sin esta transformación completa según el *Magnificat*, no habría camino hacia la resurrección de la que María ya ha participado, sino a lo más una espiritualidad soñada.<sup>32</sup> Comentando este himno, el Papa dice:

"De aquí parte también, como de su verdadera fuente, el compromiso auténtico por los demás hombres, nuestros hermanos, especialmente por los más pobres y necesitados, y por la necesaria transformación de la sociedad. Porque esto es lo que Dios quiere de nosotros y a esto nos envía, con la voz y la fuerza de su Evangelio, al hacernos responsables los unos de los otros. María, como enseña mi predecesor Pablo VI en la exhortación apostólica *Mariialis Cultus* (n. 37) es también modelo, fiel cumplidora de la voluntad de Dios, para quienes no aceptan pasivamente las circunstancias adversas de la vida personal y social, ni son víctimas de la 'alienación', como hoy se dice, sino que proclaman con Ella que Dios es 'vindicador de los humildes' y, si es el caso, 'depone del trono a los soberbios', para citar de nuevo el *Magnificat*".<sup>33</sup>

No se trata de sólo una transformación del mundo según cualquier criterio, o movidos por no importa cuál idea humanista. María es modelo del cristiano también en su motivación por la verdadera fe que parte de la revelación. Sólo en este contexto puede hablarse de devoción verdadera (LG 67). Por lo mismo quien busca una completa liberación en Cristo de todos los hombres sus herma-

<sup>32</sup> "Confortada con este signo glorioso (la Asunción de María) la Iglesia, en el camino de la historia, espera la propia realización final no pasivamente o en condición enajenante, sino comprometida en el desarrollo de su ser histórico entre las vicisitudes de este mundo": Juan Pablo II, *Discurso* del ángelus, infraoctava de la Asunción, 21 ag. 1983.

<sup>33</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, Zapopan, 30 en 1979.

nos, sabe integrarla en una entera evangelización que transforme el mundo radicalmente según los criterios del evangelio.<sup>34</sup> Esa redención en Cristo de la que María participó en plenitud humana, y hacia la que Ella nos orienta, no puede ni por una parte pretender ilusoriamente desentenderse de la transformación del mundo redimido, en el amor y en la justicia propios del Reino de Dios; ni por otra detenerse dentro de los límites restringidos de la transformación intramundana. Sino la espiritualidad mariana es en realidad una espiritualidad de liberación cristológica del hombre, según el paradigma de María. Como Ella se encarnó en su pueblo, pobre y oprimido, para vivir eclesialmente el evangelio de su Hijo, así el cristiano fiel al camino de María sabe vivir en la carne de su propio pueblo la redención completa a la que el Señor nos ha llamado en la comunidad humana. En la clausura del Congreso Eucarístico y Mariano, el Papa predicaba a los cristianos de Haití:

“Felicito a todos los que defienden los derechos de los pobres, con frecuencia con medios pobres, yo diría ‘con las manos atadas’. Y hago una llamada a todos lo que tienen el poder, la riqueza, la cultura, para que comprendan su grave y urgente responsabilidad con relación a todos sus hermanos y hermanas. Este es el honor de su cargo; les digo que también tengo confianza en ellos y que ruego por ellos. Sentimos la misma necesidad de conversión cuando nos dirigimos a la Santísima Virgen, Nuestra Señora del Perpetuo Socorro, objeto de vuestra primera devoción a lo largo de vuestra historia. Esta devoción es y debe ser liberadora. Esta *mujer*, bendita entre todas, la conocéis bien. Gracias a su libre aceptación, a su fe y a su obediencia, ‘nuestra liberación’ fue pagada con la muerte de su Hijo. Gracias a su cooperación en su obra redentora ‘nos ha sido dado ser hijos por adopción’. Por eso la amamos y la veneramos como nuestra Madre. Por eso estamos obligados a imitarla en su fe, en su obediencia y en su compromiso de colaboración en la misión de su Hijo, en

<sup>34</sup> “María es *modelo*. Modelo, ante todo, de esas virtudes teologales que son características del cristiano: la fe, la esperanza y el amor. Modelo de esa fiel perseverancia en el Evangelio que nos permite recorrer con Ella ‘la peregrinación de la fe’ (LG 58). Modelo de una entrega apostólica que nos permite cooperar en la extensión del Evangelio y el crecimiento de la Iglesia (LG 65). Modelo de una vida comprometida con Dios y con los hombres, con los designios de salvación y con la fidelidad a su pueblo”: Juan Pablo II, *Homilía*, santuario de Ntra. Sra. de Suyapa, 8 mar. 1983.

la situación concreta en la que nos encontramos, en la que vosotros os encontráis en Haití!".<sup>35</sup>

La Asunta nos dice visualmente que el camino es Cristo,<sup>36</sup> y el término es el Padre (RM 46, 47). Pero también nos dice que esa paternidad que es la clave de nuestro destino, únicamente puede vivirse en la experiencia de la fraternidad real por la que reconocemos vitalmente a todos los hombres como miembros de una misma familia. Para esta confesión de fe viva nos prepara el hecho de reconocer a María como Madre común de los redimidos: en ella nos descubrimos hermanos (RM 21). Esa maternidad de María es un medio pedagógico excelente para destruir, unidos en una misma comunidad eclesial, toda diferencia entre los seres humanos.

"Porque es una síntesis del Evangelio de Jesús, por eso se la reconoce en vuestros pueblos como Madre y educadora en la fe; se la invoca en medio de las luchas y fatigas que comporta la fidelidad al mensaje cristiano; es Ella la Madre que convoca a todos sus hijos —por encima de las diferencias que los puedan separar— a sentirse cobijados en un mismo hogar, reunidos en torno a la misma mesa de la Palabra y de la Eucaristía. Solamente María pudo hacer de los apóstoles de Jesús, antes y después de Pentecostés, un solo corazón y un alma sola. Como si Cristo nos quisiera indicar que ha encomendado al cuidado maternal de su Madre la tarea de hacer de la Iglesia una sola familia donde reine el amor y se ame ante todo a quien más sufre. Sí; en María tenemos el modelo de un amor sin fronteras, el vínculo de comunión de todos los que somos por la fe y el bautismo 'discípulos' y 'hermanos' de Jesús".<sup>37</sup>

He aquí un examen de la verdadera devoción a María: quien no ha aceptado a los demás *verdaderamente* como hermanos, se engaña al creer que la tiene a Ella como madre. Como también se engañaría si creyese que la sigue como su modelo quien no buscase en su andar el mismo camino de Jesús, que vino a este mundo solamente a establecer el Reino de su Padre. La misión del cristiano de

<sup>35</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, Puerto Príncipe, 9 mar. 1983.

<sup>36</sup> "Ella es la madre, la reina, la protectora y el modelo. A Ella se viene para honrarla, para pedir su intercesión, para aprender a imitarla, es decir, para aprender a ser un verdadero discípulo de Jesús": Juan Pablo II, *Homilía*, Zapopan, 30 en. 1979.

<sup>37</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, santuario de Ntra. Sra. de Suyapa, 8 mar. 1983.

ningún modo puede diferir de la misión de Cristo, y sería un iluso quien, separándose de ésta, presumiese fidelidad a María. Termino, por ello, con esta breve oración que Su Santidad dirigía a Nuestra Señora de Guadalupe, al inaugurar la III Conferencia General del Episcopado Latinoamericano reunido en Puebla:

“¡Reina de los apóstoles! Acepta nuestra prontitud a servir sin reserva la causa de tu Hijo, la causa del evangelio y la causa de la paz, basada sobre la justicia y el amor entre los hombres y entre los pueblos”.<sup>38</sup>

#### CARLOS I. GONZALEZ

Jesuita mexicano, actualmente profesor en el Instituto de Ciencias Religiosas y en la Universidad Gregoriana de Roma. Colaborador de varias revistas como “Medellín” y “Gregorianum”. En la Colección “Teología para la Evangelización liberadora de América Latina”, dirigida por el CELAM, ha publicado recientemente de los volúmenes dedicados a la cristología y mariología.

<sup>38</sup> Juan Pablo II, *Homilía*, Basílica de Guadalupe, México, 27 en. 1979.